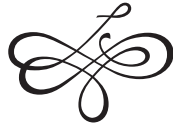


Numbers (do not) make words.

*Reflections on the connected subject
and the predominance of additive productivity logics*

Numeros (no) hacen palabras

*Reflexiones sobre el sujeto conectado
y el predominio de lógicas de productividad aditiva*



REMEDIOS ZAFRA

*Revista Paideia 116 (2021),
págs. 19-34. ISSN: 0214-7300*

RESUMEN

Este artículo se pregunta por la racionalización de nuestro hacer y ser en la red en los procesos de digitalización del sujeto conectado, por cómo la base algorítmica y tecnológica sobre la que se sustentan esos procesos prima las lógicas aditivas frente a las narrativas y parece aliarse con un sistema que perjudica al sujeto solidario y reflexivo. Como si liberados de preguntas filosóficas y éticas, y movilizados por la celeridad e hiperproductividad propias del capitalismo cultural, se iluminaran las ventajas que supone automatizar procesos y rutinas, descuidando el riesgo de delegar juicio y decisiones, promoviendo nuestra indiferencia como sujetos sociales. En esta reflexión se apunta a un doble problema, de un lado, convertir la pasión intelectual y creativa en un disfraz cuando se dificulta la curiosidad y la concentración y se prima la acumulación de méritos y la impostura. De otro, el riesgo de pérdida del sentido de la solidaridad entre iguales a favor de un ensimismamiento individualista cedido a la productividad competitiva y ansiosa en la soledad de las vidas-trabajo en habitaciones conectadas.

Palabras clave: internet, filosofía, sujeto, capitalismo, productividad.

ABSTRACT

This paper asks about the rationalization of our doing and being in the network in the processes of digitization of the connected subject, about how the algorithmic and technological base on which these processes are based prevails additive logics over narratives and seems to ally itself with a system that harms the caring and reflective subject. As if freed from philosophical and ethical questions, and mobilized by the speed and hyperproductivity of cultural capitalism, the advantages of automating processes and routines are illuminated, neglecting the risk of delegating judgment and decisions, promoting our indifference as social subjects. This reflection points to a double problem, on the one hand, to turn intellectual and creative passion into a disguise when curiosity and concentration are difficult and the accumulation of merits and imposture prevail. On the other, the risk of losing the sense of solidarity among equals in favor of an individualistic self-absorption yielded to competitive and anxious productivity in the solitude of work-lives in connected rooms.

Keywords: internet, philosophy, subject, capitalism, productivity

Uno. La acumulación como motor y el exceso como merma

*La información es acumulativa y aditiva,
mientras que la verdad es exclusiva y selectiva.*
(Han, 2014, p. 65)

Hace unos años trabajé con un estudiante que memorizaba todo cuanto leía para recitarlo después en clase. Ante cada contenido dedicaba tiempo a retenerlo y ensayarlo, lo acompañaba de documentos maravillosamente maquetados, contruidos como una cuidada y limpia estructura basada casi exclusivamente en la recopilación y sumatorio de citas. Podría afirmar que el sujeto quedaba escondido, que ni rastro había de si el estudiante tenía dudas o si el asunto sinceramente le interesaba, que la máscara no dejaba ver si era humano o era máquina, si realmente lo leído y citado le había hecho pensar o preguntarse cosas. En la rápida y protocolaria evaluación académica ante un tribunal su presentación fue tan correcta y cargada de referencias a autores, tan ajustada a los tiempos y a los criterios como vacía de titubeo y de crítica. El tribunal le otorgó la máxima calificación.

En la misma clase había otro estudiante muy distinto. Todo lo que leía (y era un ávido lector) lo quería entender, lo relacionaba con su mundo y con otras lecturas, escribía y tomaba notas a cada rato. Su trabajo era casi inabarcable en comentarios propios, dibujos y cuadernos, pero a la par contenía numerosas páginas en blanco, esquemas personales, tachones, preguntas sin respuesta y un mar de dudas. Llegado el momento de presentarlo hubo de hacer un grandísimo esfuerzo por acotarlo al pequeño número de páginas que exigían los criterios de evaluación y no lo logró. Aunque también tenía buena memoria, su presentación no se basaba en lo dicho por otros sino en lo que él pensaba. Estaba además cargada de líneas de fuga y de preguntas abiertas. En su defensa, el tribunal se impacientaba y cuanto más inseguro se sentía, más tartamudeaba y más se alargaba. De carácter nervioso, con gran dificultad, lograba terminar sus frases y palabras. En este caso, el tribunal discutió sobre su demora, su divergencia y su incapacidad para resumir, aunque uno de los miembros quedó

deslumbrado por la rareza de esa luz de originalidad y espíritu tan infrecuente en estos actos académicos. Sin unanimidad y con desacuerdo, el estudiante también logró buena calificación.

El trabajo del primer estudiante sería un claro ejemplo de los modos de hacer que priman la adición y la memoria frente al conflicto y la interiorización allí donde el tiempo de lectura se ha convertido en tiempo de extracción de datos y donde el *parecer* importa. Pero, bajo todo punto de vista, el trabajo de ambos estudiantes era muy desigual. Mientras uno se había disfrazado de otros sin que nada de lo leído le sacara un mínimo mohín de personalidad en su pose de plástico, memorizando para probablemente al poco tiempo olvidar, otro se había enfangado en las ideas, arriesgado en sus opiniones, había reflexionado en cuerpo propio sobre las preguntas de otros; lo trabajado le había permitido pensar y crear un discurso personal y valiente cargado de interrogantes y propuestas.

Es más que posible que con las actuales formas de contratación académica el primero se convierta en un magnífico *hombre fotocopiado*¹ que habite en los primeros puestos de las listas de aspirantes a trabajos docentes y de investigación. Es probable que el segundo sin embargo encuentre no pocas dificultades para encajar su discurso cargado de imaginación y discrepancias en un sistema que valora la concreción, el resumen, la estrategia, el cumplimiento de unas normas, el sujeto anulado en un discurso estereotipado y un relato construido sobre el hilvanado de citas y la adición de méritos. No está claro si resistirá la presión de ceñirse a las categorías predeterminadas, si perderemos a un investigador original y superlativo que aborda con libertad el pensamiento y no se deja docilizar, como tantos otros.

Les comparto estos recuerdos porque creo que en las formas de movernos entre la saturación de información y datos que hoy distingue el trabajo intelectual y creativo en el contexto digital y académico, no es lo mismo *unir* que *integrar*. Estos estudiantes son un ejemplo. Hacer un recopilatorio de datos o información no implica entender ni problematizar, pero puede valer a quien lee superficialmente en procesos condicionados por la prisa y la precariedad. La información si es excesiva atrofia y dificulta el conocimiento. Quienes saben de la importancia de la oscuridad para el pensamiento valorarán que para conocer hay que saber *prescindir*. Solo en lo que integra sombras y vacío puede gene-

¹ Ver historia del «hombre fotocopiado» en mi ensayo *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*. Barcelona: Anagrama, 2017.

rarse pensamiento. Raramente puede surgir de lo abigarrado que no respira ni de la mera acumulación repetitiva. Las ideas también necesitan aire, paso atrás, rechazo. Aunque lo que se refuta venga disfrazado de oportunidad única. *Sumar no significa integrar.*

Reflexionando esta idea recordé cómo en una fase temprana de los dibujos infantiles, la construcción de los rostros también suele ser aditiva. Cuando un niño comienza a garabatear y con práctica llega a controlarlos buscando dibujar un ser animado. Lo primero que hace es una forma circular, a la que irá sumando sencillas formas y líneas para, con el tiempo, hacer un rostro o un cuerpo como un huevo con puntos como ojos o estructuras que parecen soles. Igual pasa con otras figuras y con todo aquello que el niño quiera incluir. Sin embargo, cuando los niños aprenden a representar, no lo que tienen en su cabeza sino lo que ven, la integración se hace más matizada y compleja, observan más, combinan colores y elementos pasando a una fase «de contorno» que les permite enfatizar las figuras no como una mera suma de partes. Más tarde, los que no han desistido de la práctica del dibujo, siguen mirando detenidamente el mundo y suelen pasar por fases realistas y expresivas, algunos llegan a propuestas conceptuales, aprenden a trasladar no solo el estereotipo o lo que perciben, sino que logran interiorizar lo que observan y lo que aprenden, a veces lo hacen pensativo y pasan del dibujo a la creación. Para ello, claramente necesitan concentración, conflicto y tiempo.

Algo característico en las actuales vidas-trabajo mediadas por tecnología es el predominio de modos de hacer acumulativos. Se aprecia claramente en las redes sociales y en los currículos profesionales y académicos. En ambos casos la mediación tecnológica se apoya en bases de datos que favorecen un hacer más aditivo que narrativo. Vamos acumulando, sumando ítems, ampliando y llenando. Fácilmente podemos valorar las ventajas que ello supone para un contexto capitalista que precisa operacionalizar datos para gestionarnos y rentabilizarnos mejor, para viajar más rápido. Pero quizá podríamos también tener en cuenta (y ambas razones serían compatibles) que en esta tendencia que, al igual que ocurre con el dibujo, si se permite profundizar en ello, con tiempo lo que nos desborda puede gestionarse de manera personal e integradora, sin que la cristalización acumulativa y numérica sean el destino preferente.

Porque si repasamos qué consecuencias tiene el afán sumatorio bajo la primacía de las lógicas *aditivas* (Han, 2014, 38), una de las que más interesaría a la filosofía contemporánea sería el riesgo de prescindir de la negatividad ne-

cesaria para entender lo que hacemos, para integrarlo y para narrarlo, para compartirlo con otros humanos a niveles no solo cuantificadores sino también competitivos. Porque los procesos de integración, a diferencia de los aditivos, siempre requieren una apropiación subjetiva, exclusión y duda, sombras, toma de decisiones, responsabilidad, abordaje de la complejidad allí donde la vida es porosa, confusa y liminal.

Dos. La máquina nos piensa

Por lo general cuesta resistir lo automático del gesto, cuando tras las primeras letras escritas la máquina busca terminar un adjetivo con el «adjetivo» que presupone y propone el correspondiente algoritmo. La autocorrección se sostiene en lo más veces escrito convertido en regla o sugerencia. Resisto. No traduzco las probabilidades cuando tecleo, pero sé que las matemáticas viven derramadas en mis rutinas. Pienso que si no sucumbo mansamente como algo me predetermina, entonces me ayudarán a vivir, a escribir, a aprender, a anticipar reflexivamente.

Cuando lo que nos hace ser sujetos complejos sea deducido, exportado y configurado en otros seres o máquinas, la vida humana cambiará radicalmente. Está cambiando ya, pero mientras escribo, la inteligencia artificial no es capaz de diferenciar que lo que mi teléfono inteligente etiqueta como «un día maravilloso» fue un día difícil con fotos posadas, y que ese «pequeño adorable» es una mujer de pelo corto, pequeña estatura y casi cincuenta años.

Éric Sadin (2017, 27) se refiere a los dispositivos tecnológicos que se han hecho cotidianos en nuestras vidas como agentes informáticos empáticos y eficaces, advirtiéndolo del asentamiento en sus formas de control y administración tecnológica en la vida. A mí me parece que todo lo que se normaliza, en algún momento actúa suavemente y sin apenas ruido. Así la tecnología ha favorecido una tranquila y más controlada convivencia desprovista de negatividad, haciéndonos delegar en ella en su respuesta rápida y estructurada, mermando nuestra implicación y capacidad de juicio.

Sabemos que ciencia y ficción, juntas y por separado especulan sobre cómo y cuándo nuestro universo podrá ser traducido a número y algoritmo. El incentivo es lograrlo y en gran medida esto moviliza a la inteligencia artificial. Transgredir los límites ayuda a que las máquinas puedan ir ocupándose de tareas más complejas. Pero conforme la tecnología se hace más sofisticada,

muchos nos preguntamos hasta qué punto el sujeto humanista dibujado como ser libre, responsable y consciente de sus actos puede verse tambaleado. Preocupa que las herramientas que le permiten serlo (el pensamiento y la deliberación, comprometerse con lo que decide, la solidaridad o la conciencia) sean delegadas en estadística y matemática, en tanto permiten operacionalizar la gestión personal y colectiva. Late el desafío de cuidar la parte íntima del sujeto en tanto inviolable, nuestra autonomía de pensamiento. Toca escuchar el malestar de la escritura como alma de carne ante quienes naturalizan la sumisión como ventaja.

La tecnología aporta y la tecnología se apropia. Hace tiempo que empezó, pero en el futuro cercano la mayoría de artefactos cotidianos bajo apariencia empática y amable estarán conectados. Lavadora, maleta, frigorífico, espejo, ducha, audífono, lentillas... No quisiera simplificar el asunto enfatizando su riesgo pues claramente esa tecnología que les menciono nos facilita enormemente la vida. Pero todo apunta a que lo hace al tiempo que, cada vez más, proporcionarán un trasvase entre el sujeto y las matemáticas, información en tiempo real de un estado de relación integral de las personas con sus contextos, máquinas y hábitos. Pienso en mis audífonos próximamente conectados a determinadas máquinas sonoras de la casa que han desaparecido de mi rutina y sonrío agradecida de poder comunicarme con aparatos que pueden proporcionarme señales que necesito. Pero me pregunto si deslumbrada por el servicio prestado pasaré por alto su infiltración y apropiación de costumbres e itinerarios, si en su necesidad de conexión periódica no camuflarán bajo la apariencia de actualización y mantenimiento, la transferencia de fragmentos de vida que me pertenecen. De ser así, qué caros mis audífonos y mis futuros electrodomésticos inteligentes y qué barata yo.

Bajo una primera impresión parece que lo que las aplicaciones tecnológicas ensayan a partir de esta apropiación de datos es el bombardeo de ofertas publicitarias, de promociones y servicios personalizados en un marco mercantil que se transversaliza en cada faceta humana. Pero los datos también nos anticipan, dirigen y dicen optimizar nuestras acciones, satisfaciendo necesidades que antes no existían, contribuyendo a predecir y a orientar. Es la nueva cultura que configura estratos invisibles y cotidianos de nuestras vidas-trabajo con la tecnología. ¿No creen que el malestar que nos perturba puede ser algo positivo si logra distorsionar la armonía deshumanizadora cuando se delega en la tecnología por defecto y en la exposición ante opciones casi siempre precatalogadas?

Inquieta que en estos asuntos se esté gestando algo más que un cambio económico, algo que siendo cambio cultural, está haciendo presupuesta la mercantilización de las vidas conectadas; y que mientras el capitalismo en sus versiones más contemporáneas ofrece a quienes se dedican al trabajo inmaterial bondades igualitarias para conectarse y expandirse, esconda bajo esas posibilidades un intercambio asimétrico, las raíces de un poder global vestido de inocuo dedo pulgar alzado.

Pero también junto a la progresiva normalización de la donación implícita y gestión de datos no regulada por la política y regalada a las empresas digitales, algo paralelo acontece y perturba. Me refiero a cómo seremos capaces de enfrentar la indiferencia derivada de la visión estratégica que aquí predomina, al acomodarnos a que la tecnología decida por nosotros, presuponiendo que solo nos queda ceder, aceptar y beneficiarnos egoístamente en lo que podamos. El extrañamiento puede acontecer cuando de pronto el sujeto se ve señalado desde las categorías que las tecnologías deducen de sus derivas y huellas. Porque en su habitar la red el sujeto también se despliega explícita e implícitamente a partir de indicadores como gustos, opiniones, búsquedas, trabajos, consumo y perfiles. Encontramos ejemplos frecuentes en los lugares donde trabajamos, allí donde compramos, en los lugares donde buscamos amor y amistad, en los que visualizamos vídeos... En todos ellos nos identifican y leen atendiendo a nuestro perfil registrado, a las primeras cosas que hemos visto, buscado o comprado, pero también atendiendo a lo que quienes programan presuponen. Cabe sospechar de la retroalimentación de este funcionamiento, limitando la capacidad innovadora del sujeto, la posibilidad de dejar de ser previsible.

Porque la clasificación deducida de la máquina no es solo un *pasado* («estuve aquí») sino que también condiciona un futuro («dado que estuviste aquí, volverás»). Y aunque las categorías son importantes para el conocimiento y la vida, son sospechosas si los criterios siempre los marca el mercado. Las categorías desgranar y conforman los perfiles de quien es definido como consumidor o trabajador previsible. Y en el proceso de conversión del sujeto en datos acontece necesariamente eso que Eva Illouz denomina como una «textualización de la subjetividad» (Illouz, 2007, 170), apoyada en los algoritmos sobre los que se estructuran las aplicaciones. Una textualización que operacionaliza a los sujetos en el alocado bombardeo mercantil donde se es tanto trabajador-usuario como objeto de transacción.

La buena prensa de la concreción y la objetividad de las matemáticas allí donde el mundo se nos hace embarrado y confuso cuando no podemos preguntar a una máquina, hace a muchos presuponer que la programación algorítmica es igualmente algo objetivo e imparcial. Pero si ustedes pudieran asomarse a los lugares de programación e ideación tecnológica como las tecnologías se asoman a nuestras habitaciones tendrían una primera semblanza de la escasa diversidad de quienes hoy crean, programan e idean tecnología. A mí me parece que en su mayoría sean hombres jóvenes de lugares muy localizados del mundo rico, empobrece la proyección matemática de los mundos en ciernes, y desequilibra el poder global hacia el mismo lado de siempre. Porque pasa además que si la ideación es homogénea en sus perfiles, también lo es en los perfiles de personas pobres que trabajan en el montaje, fabricación y ensamblaje tecnológico, tan feminizado y localizado en países del Sudeste Asiático y Centroamérica.

Tres. Sombras de las vidas-trabajo en las habitaciones conectadas

¿Podemos trabajar sin preguntarnos por qué trabajamos? Hacerlo implica extrañarse ante nuestras rutinas con las máquinas. Hoy pareciera que toda la desazón de no estar conectados y trabajando se asienta y nos duele. Algunos, algunos ratos, echamos de menos las viejas sombras de antes de usar las máquinas. Me refiero a cuando nuestra vida era también, especialmente, fuera de la pantalla conectada. Les parecerá contradictorio y no obvio que lo es, que presente esta pérdida como añoranza, teniendo en cuenta que esa misma pantalla que me agota, me permite por fin trabajar más tiempo en casa, y que en su forma contrastada de mostrar mundo mejora llamativamente la materialidad mermada de mi cuerpo en lo que veo y escucho, ahora que la enfermedad hace que el exterior sea profundamente borroso. Pero a qué negarles que entre estos márgenes oscilo, agradecida de que la máquina mejore un cuerpo replegado, e identificando valores en aquellas sombras materiales, justamente ahora que la vida-trabajo está demasiado iluminada, demasiado expuesta, es demasiado intrusiva.

Parece que el interruptor que nos apaga la luz para dormir o distanciarnos de la tecnología no funciona. Hay entonces algo excesivo que fatiga, no solo en la apropiación del tiempo sino en la hipervisibilidad que ofrece la vida conectada en tanto normalizado hábitat laboral y vital. Desde ella, me pregunto,

¿dónde residen las sombras cuando el sentido del *hacer* descansa en *ser visto* y para ello precisa *estar iluminado*?

La luz tiene fama de alentadora, pero ¿han advertido cómo muchas de las cosas que importan suelen protegerse y necesitan de oscuridad? No se nos muestran con la nitidez de los aparatos de quirófano o del escaparate, sino que en cierta forma hay que extraerlas con algo de esfuerzo. Sucede con los secretos y lo que no verbalizamos, porque siendo valiosos tememos que se nos resbalen y se rompan, lo que escondidamente amamos o lo que nos duele.

Hoy gran parte de nuestra vida es captada por una cámara o registrada en una máquina, sometida a la atracción de ser enmarcada, nosotros en ella, grabados, localizados y expuestos. ¿Han visto cuántos focos y cuánta luz? Vivimos sabiéndonos observados, también en la presión productiva. Que los nombres propios protagonicen las redes para cada cual hace sentir al sujeto que no debe bajar la guardia, le dificulta esconderse. A la pérdida de sombra que es aquí una clara pérdida de *intimididad*, se suma que los tiempos de trabajo están entrelazados con la exposición pública. ¿No les parece entonces que lo que aquí acontece es ante todo una reconfiguración del mundo de las sombras? ¿Dónde están?, porque juraría que las necesitamos.

Un colega se refería recientemente a cómo en los últimos tiempos sus compañeros de departamento en la universidad afirmaban entre quejas que se sentían presionados para *producir* artículos y a ello se dedicaban, pero pocos tenían tiempo para *leer*. Aludía a ese tipo de lectura pausada y escondida que conlleva abordar una obra más allá de su referencia o citado, leyéndola en su extensión, evocación y negruras. Llama la atención que en el contexto de trabajo intelectual y académico esa lectura pueda convertirse en un lujo torpedeado.

Si la cultura contemporánea empuja a pronunciarnos y a producir, lo hace amparando el acceso y la acumulación, y en ambos casos primando una lógica *aditiva*, fruto de la comparecencia no integradora o reflexiva. Producimos opinión, reunimos archivos, recolectamos y guardamos, descargamos textos, pero no necesariamente los leemos, no necesariamente los componemos en nuestro pensamiento. Esto exigiría más tiempo pero también decisión y conflicto. Quizá tenga que ver que en los trabajos que predominan para la mayoría, los más precarios, no se pide ni se favorece integrar, basta con «activar la maquinaria» y mantener el ritmo productivo.

La tecnología es cumplidora aliada ayudándonos a producir, compartir y recopilar en el inabarcable repositorio digital a nuestro alcance, a hacerlo además

sin horarios. Porque si la tecnología viene con nosotros cabe sobreentender que la posibilidad del trabajo también viene con nosotros. Allí donde estén nuestros aparatos conectados allí trabajamos.

Y, ¿se han percatado de que esta disponibilidad guarda similitudes con el trabajo feminizado de atención y cuidados? La más evidente sería que también se ha transversalizado en la vida, extendiéndose a la «totalidad del día». En tanto su logística es la *atención* se basa en gestionar y estar pendiente de los otros *material* pero ante todo *mentalmente*. De manera análoga, el trabajo en la cultura-red se deslocaliza y difícilmente se descansa. Aquí siempre es de día.

Ocurre entonces que la movilidad como una de las grandes oportunidades abierta por la tecnología digital se enfrenta a ser instrumentalizada como acicate, no de optimización, sino de saturación sin sombras. La ansiedad brota inevitablemente cuando movilizadas por la disponibilidad las personas cargan con viejos y nuevos trabajos y se normaliza que muchas mujeres sigan trabajando allí donde se espera de ellas que solo ellas sigan cuidando.

Bajo otro ángulo, por mucho tiempo ha habido contextos en los que ayudarnos a gestionar mejor nuestros tiempos no ha sido entendido en beneficio de la calidad de vida y del sentido dado al trabajo, de manera que las posibilidades de conexión y desubicación se han sumado (y no han sustituido ni mejorado) las exigencias de presencialidad, duplicando tiempos y energía, exigiendo desplazamientos para hacer, o *simular* hacer, lo que con concentración solo podías hacer en tu cuarto propio conectado. Ha ocurrido, especialmente, en empresas y administraciones donde se tenía una visión acomplejada de que trabajo es antes «el lugar al que se va» que «una práctica que se ejerce». Y me parece que esta duplicidad se ha apoyado en sistemas de control y vigilancia propios de otras épocas, como efecto en la falta de confianza en los trabajadores, en la presuposición de un engaño posible que en muchos casos desembocaba en picaresca y desconfianza mutua, y en otros tantos en cansancio e impostura.

Porque ¡qué torpeza si pasáramos por alto el trabajo pospuesto para casa! De hecho, afirmarí que ha sido precisamente del que no hemos podido prescindir, pues era entonces y allí donde podemos lanzar un trapo sobre la atención y contar con ella un tiempo. Si no fuera por ese trabajo en casa, difícilmente habríamos tenido la situación controlada, más si cabe desde que la tecnología permite al sujeto autogestionarse en cada parcela de su vida trabajo. Tareas que nadie mejor que uno mismo puede hacer porque tratan de uno mismo, no

solo haciendo-trabajando, sino digitalizando y evaluando su hacer y dejando registro para su control cotidiano.

Cuando hace veinte años me postulaba con frecuencia como candidata a becas y primeros trabajos, entonces, la *versatilidad* y no la especialización ya comenzaba a ser un valor ponderado. ¿Cómo no iba a consolidarse en los procesos de privatización y precariedad cuando se espera que el personal temporal contratado, el más creciente, pueda hacer «de todo» frente a su máquina? Y claro que una desea con tono propositivo una relación constructiva con la tecnología, pero es fácil caer en una relación *obsesiva*, en un sentirse coaccionado por la disponibilidad absoluta que nos ofrece de gestionarnos y siempre, de «adelantar trabajo». Hacerlo bajo la ilusión de que es trabajo concreto y acotado, siendo más bien un flujo líquido que se va trasvasando, que la misma corriente de la red retroalimenta, que difícilmente se seca y solo escenificándolo, como en una obra de teatro o en un poema, puede finalizar y agotarse.

Cuatro. «Imbéciles hiperracionales» y sujetos desapasionados

Me pregunto si el proceso que describí no tiene esa propiedad de convertirnos en tontos hiperracionales. Como traté de señalar, estamos cada vez más divididos entre una hiperracionalidad que mercantilizó y racionalizó el yo, y un mundo privado cada vez más dominado por fantasías autogeneradas.
(Illouz, 2007, 236)

A un lado, el exceso de racionalidad que nos mercantiliza y exhibe, donados a la vida pública. A otro, protegidos entre paredes transparentes con ventanas-pantalla donde nuestras fantasías se encauzan en ficciones encadenadas, videojuegos y maratones de series, hilvanando estos mundos con el sueño sin apenas transición entre ellos.

Ahora que somos habitantes de las pantallas y cada vez más teletrabajamos, las ficciones parecen compensar lo que en la vida no podemos controlar. En cierto sentido, podríamos decir que en las ficciones nos vivimos en otros, enlazando trabajo propio, historias ajenas y sueños mezclados, compensando vidas-trabajo que parecen reducir la desconexión laboral a un cambio de canal. De la red en abierto pasamos a la película o la serie. También en nuestras rela-

ciones online conocemos las estrategias que nos permiten saltar los procesos, trances y cortejos, como si menospreciáramos el camino, el entretanto, reduciéndolo a un principio y un final, a un deseo y su consecución. Así, conocedores de las estrategias que priman en la vida digital y cada vez más desvinculados de lo social, cabe preguntarse si acomodados al engarce tecnológico es posible recuperar el goce emocional pausado.

Reparo en que en este asunto de la reversibilidad en la estrategia digital podría serme de utilidad el análisis de Eva Illouz. Para ella, los capitalismos anteriores favorecían un «yo dividido» capaz de pasar «del egoísmo a la cooperación», «de lo estratégico a las interacciones domésticas» (Illouz, 2007, 231), mientras el actual incorpora el registro mercantil en todas las interacciones, como si no fuera posible (o fuera ya muy difícil) pasar «de lo estratégico a lo emocional», una vez que hemos racionalizado al sujeto pasando de lo emocional a lo estratégico. Y me parece que en esta inversión neutralizada se advierte una clara dificultad cultural para el sujeto.

Cierto que la reflexión de Illouz está orientada a la estrategia derivada de la racionalización del sujeto en webs de citas afectivas a través de aplicaciones informáticas, pero me parece que son procesos extrapolables a la operacionización digital del sujeto en otros ámbitos. Trasvasarnos y digitalizarnos a partir de categorías que nos describen proporciona conocimiento sobre qué es lo que en determinado contexto se pone en valor y, por tanto, permite estratégicamente amoldarnos a lo que se espera de nosotros, conformando nuestros perfiles en plataformas de contactos, comerciales u orientadas a la búsqueda o gestión de trabajo.

Es fácil caer en la estrategia, pero peligroso para un sujeto que se quiere emancipado. El exceso de racionalidad coarta la espontaneidad, la curiosidad y la imaginación. No hay fertilidad para la fantasía ni para la innovación. Así como tampoco en el amor es fácil dejarse llevar por la espontaneidad cuando se ven venir las estrategias. Hay pocas cosas menos atractivas. Y este es el camino dibujado cuando el yo se convierte en una *marca*. Entonces se sobreentiende el contenido y es fácil pasar de largo por lo interior cuando se busca mostrar la versión concentrada en la etiqueta, la pose que responde a la marca. Verán que, en muchos casos, el nombre puede convertirse en condena de uno mismo, en una cárcel. La cárcel de ser, hacer y decir lo que de uno se espera. La lógica mercadotécnica y publicitaria se hace extensiva a la vida porque siempre estamos conectados y *en escena*. Pena de mí si no pudiera salir de mi nombre.

No es casual además que las ciencias que animaron al autoconocimiento y a educarnos a nivel emocional hayan contribuido también a que las relaciones se vuelvan «entidades cuantificables y fungibles» (Illouz, 2007, 229). De hecho, me parece que la primacía de ciencias como la Psicología y la Estadística han tenido mucho que ver y son en gran medida responsables de una intrusión autoritaria en la esfera privada. No es inocente su buen encaje con las dinámicas capitalistas, para las que ambas son útiles herramientas capaces de servir a la estructura mercantil y matematizada de la cultura-red.

Pero ¿cómo podemos favorecer entonces los procesos de emancipación en esta inmersión entre procesos de racionalización? Tal vez podríamos verlos en términos de ambivalencia e indeterminación, sujetos a un desigual juego de fuerzas cuando el nervio capitalista nos orienta a un único lado de la balanza. Creo que esta dificultad caracteriza hoy al sujeto desapasionado que, conocedor de las estrategias de las que debe valerse en sus relaciones personales y profesionales, le resulta problemático recuperar su lado emocional, o mejor dicho, recuperar determinadas emociones positivas que antes le movilizaban y con las que «en algún momento» se enfrentó al mundo. Aquí radicaría la vulnerabilidad de la impostura del sujeto desapasionado, el resorte sobre el que actuar, en la reversibilidad de este trance. Me refiero a una reversibilidad con efectos, a un «volver» cargado de experiencia como interruptor de conciencia, un trance que supondría «volver siendo distinto», habiendo afrontado el malestar de la conciencia.

Porque la estrategia en su acaparar la vida-trabajo corre el riesgo de sepultar o desproveer de afectos positivos nuestra práctica, hiperracionalizando y visibilizando como dócil aceptación de las nuevas formas de orden (y de control). El riesgo es el empobrecimiento de la vida personal sustituida por la vida pública como escaparate profesional, el descreimiento y, muy especialmente, el abandono de la vida social y colectiva, de la solidaridad con los otros.

Hoy naturalizamos la pose como clave vital que permite vivir con la angustia de no poder parar girando sobre «uno mismo» y convirtiendo la exhibición y la colaboración en una rutina publicitaria que alimenta la llamada «economía del bolo». Una economía sustentada en ser visto como garantía de disposición de capital simbólico canjeable en inversión futura; un ardid para calentar la máquina cuando el sujeto normaliza su exhibición como producto, delegando juicio y decisiones en los procesos automatizados que crecen y que aceptamos entre la saturación de estímulos, promoviendo nuestra indiferencia como sujetos sociales.

Como respuesta, cabe pensar que el mundo se arriesga a *oscilar* al otro extremo de la visceralidad emotiva, allí donde el cansancio ante la estrategia tecnológica de vivir en la pose y «en venta», exhibidos todo el tiempo, pueda vengarse en el exabrupto populista y en una versión renovada del riesgo fascista. Es arriesgado, lo sé. Porque cuanto más se cuestionan las lógicas de racionalidad e impostura del mundo excedido de marketing y estadística, el impulso y la visceralidad parecieran aire fresco. Sin embargo, hay en ese extremo un giro de tuerca del que se valen las voces más altas que buscan proclamar verdades que son solo «sensaciones de verdades». Como lodazal del que nacen formas de *posverdad*, en ese contexto hemos visto ejemplos del capitalismo patriarcal más extremo, del fascismo más reciente, cuando, aprovechando el desahogo y la costumbre de sentenciar desde su *posición* y no desde su conocimiento, evidencian su temor a estar perdiendo privilegios.

Así, frente a la oscilación que viene, cabe anticipar que seamos capaces de no caer rendidos pendular e irreflexivamente al otro extremo. Porque de un tiempo a esta parte se advierte cómo el hartazgo ante la impostura del marketing tecnológico y estratégico da alas a quienes vociferan sin filtro y con bilis con el aplauso de los hastiados de la pose. Inquieta si agotados de *parecer* caemos a ese otro lado de la entraña y la impulsividad irreflexiva. Cuidado. Algunos buscan aprovecharse del malestar que incentiva a esta oscilación para abanderar una *verdad* apropiada dogmáticamente, evitando el sentido, el valor sustentado en el saber que requiere frenar y profundizar, quizá un paso atrás para poner interrogantes a aquello que se sentencia, el valor inigualable (no solo para uno mismo) que viene de la reflexión y el conocimiento.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barthes, R. (2010). *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2007). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona: Paidós.
- Berlant, L. (2011). *Cruel Optimism*. Duke University Press.
- Crary, J. (2008). *Suspensiones de la percepción. Atención, espectáculo y cultura moderna*. Madrid: Akal.
- Han, Byung-Chul. (2014). *En el enjambre*. Barcelona: Herder.
- Heidegger, M. (2006). *Prolegómenos para una historia del concepto de tiempo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Ibáñez, J. (2017) (ed.). *En la era de la posverdad*. Barcelona: Calambur.
- Illouz, E. (2007). *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Buenos Aires: Katz.
- Lovink, G. (2004). *Fibra oscura. Rastreado la cultura crítica de Internet*. Madrid: Tecnos.
- Martín Prada, J. (2018). *El ver y las imágenes en el tiempo de Internet*. Madrid: Akal.
- Sadin, E. (2017). *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Steyerl, H. (2014). *Los condenados de la pantalla*. Buenos Aires: Caja negra editora.
- Woolf, V. (1989). *A Room of One's Own*. New York: Harcourt Brace.
- Zafra, R. (2017). *El entusiasmo*. Barcelona: Anagrama.
- Zafra, R. (2018). *Ojos y capital*. Bilbao: Consonni.
- Zafra, R. (2021). *Frágiles. Cartas sobre la ansiedad y la esperanza en la nueva cultura*. Barcelona: Anagrama.